

LAS BIBLIOTECAS EN LA REGION CASTELLANO LEONESA

HIPÓLITO ESCOLAR

No es buena la situación bibliotecaria de la región castellano-leonesa. Claro que tampoco lo es la española en su conjunto. Estamos en este aspecto en un nivel inferior a países que son más pobres que nosotros, que no tienen una tradición cultural parecida a la nuestra ni poseen una industria editorial tan poderosa.

Hemos de advertir que las bibliotecas tienen una finalidad última común, proporcionar impresos y manuscritos a los lectores, pero la realidad es que no todas las bibliotecas sirven a todos los lectores y que hay diversas clases de bibliotecas con objetivos propios que están dirigidas a la atención de grupos homogéneos de lectores. Por ello no se debe hablar de bibliotecas en general, sino de bibliotecas de una clase o grupo determinado.

Quizá convenga exponer, aunque sea de forma sumaria, cuáles han sido los motivos que han impulsado a los bibliotecarios a crear diversas clases de bibliotecas y cuáles son las diversas finalidades u objetivos de éstas.

Siendo la biblioteca una institución social, es fácil deducir que ha quedado muy afectada por los cambios de nuestro tiempo, y, en particular, por cuatro factores:

a) La amplitud y profundidad que, al mismo tiempo, han alcanzado los conocimientos científicos, que han obligado a una carrera desatada en las especializaciones.

b) El gigantismo de la producción editorial, que ya hace cincuenta años llamó la atención de Ortega y Gasset y del que podrá dar una idea el hecho de que en un solo año se producen en lengua castellana unos 30.000 libros, diez veces más de los que suele leer un lector a lo largo de su vida.

c) La diversa capacidad de comprensión de los cada día más numerosos lectores teóricos. Hoy no hay nadie capaz de entender todos los libros que se producen y ni siquiera los que ingresan en una buena biblioteca, pues, aparte de la barrera de las lenguas, está la falta de preparación para comprender el contenido de muchos libros especializados.

d) La aparición de instrumentos más aptos para la más eficiente transmisión, almacenamiento y recuperación de la información producida,

pues, el libro y las publicaciones periódicas fueron perdiendo utilidad en el proceso de la comunicación por su lentitud y dificultad de manejo.

Uno de los grupos de *bibliotecas* es el de las *especializadas*, cuyos fondos versan sobre una materia muy específica. Suelen estar al servicio de una entidad industrial o investigadora, y algunas reciben también el nombre de centros de documentación o de información científica. Como para sus usuarios tiene una importancia primordial la rapidez en la recepción de la información llegada, utilizan más revistas que libros y tanto documentos mimeografiados, tales como memorias e informes como los impresos. Naturalmente cuando los centros disponen de medios suficientes, el ordenador o computador se convierte en un elemento importante. Son muy desiguales por lo que se refiere a tamaño de la colección y algunas de ellas figuran en el grupo de las bibliotecas privilegiadas por los grandes recursos de que disponen, cosa explicable por el servicio eficiente que realizan al ser pocos los usuarios, muy reducido en extensión, aunque amplio en profundidad, el campo científico de su colección y por contar la entidad propietaria con recursos económicos suficientes, aunque no es este el caso de todas ellas, pues, entre las entidades propietarias las hay de importancia desigual y no siempre son empresas con beneficios industriales o centros de investigación con beneficios sociales más o menos inmediatos.

No abundan en nuestra región porque no disponemos ni de grandes empresas ni de grandes centros de investigación, y no les vamos a dedicar más tiempo, además, pues, su creación ha de caer fuera de las intenciones de las autoridades autonómicas, las cuales, sin embargo, pueden mejorar la eficacia de estas bibliotecas facilitando la implantación de redes de información y la cooperación con las nacionales y extranjeras, a través del sistema llamado NATIS, propugnado por la Unesco.

Dentro de las bibliotecas especializadas podemos incluir a la *Biblioteca Nacional*, que es la más importante del país por el número de volúmenes que posee, más de tres millones, por los que ingresan anualmente, más de cien mil, y por los servicios que presta, más de un millón al año. Está especializada en la cultura española y tiene como misión recoger la totalidad de la producción bibliográfica del país, la exterior referente a él, y la producción en la lengua nacional o en cualquier otra de las lenguas habladas en España, así como las obras de los autores nacionales, sea cual sea la lengua en que aparezcan.

Por este motivo goza del beneficio del depósito legal, que obliga a los impresores a la entrega de dos ejemplares de todo lo que impriman. Además, debe elaborar y mantener al día la bibliografía nacional y debe facilitar, por consiguiente, la localización de los libros españoles o sobre España y su consulta, sin obligar a nadie a acudir personalmente a sus locales para lo cual mantiene un servicio de reproducción que facilita fotocopias, fotografías, microfiches y microfichas a los investigadores que residen fuera, que no pueden desplazarse a la biblioteca o que prefieren trabajar en otro sitio.

La Biblioteca Nacional está parcialmente en deuda con las regiones. De ellas recibe dos tercios de los ejemplares que ingresan por depósito legal y a sus lectores e investigadores les presta los pocos servicios mencionados. Es posible y deseable que esta situación cambie cuando se

establezca un sistema NATIS, en el que la cabecera será la Biblioteca Nacional y sea posible que se pueda constituir en la región una Biblioteca Nacional sucursal con la producción bibliográfica en curso y con los duplicados de la Nacional y de otras bibliotecas.

Las *bibliotecas universitarias* tienen una doble vertiente: por un lado facilitan las tareas de investigación de los profesores y alumnos adelantados, lo que las asimila a las especializadas; por otro, sirven para la iniciación y formación de los alumnos en las materias que estudian. Este doble objetivo (investigación para los profesores, formación para los alumnos) se cumple en España y en nuestra región de manera desigual, y por ello no rinden todo el beneficio que de ellas cabía esperar. El profesorado cuenta con bibliotecas de departamento, seminarios o cátedras, siempre útiles y muchas veces valiosas; pero, los estudiantes carecen de los puestos necesarios de lectura y de suficientes ejemplares de los libros que deben leer, incluso, como recomendación de las cátedras.

En la región hay dos grandes bibliotecas universitarias, las de las gloriosas universidades de Salamanca y Valladolid. Tienen cada una 300.000 volúmenes, entre ellos algunos, los más antiguos, con elevado valor crematístico y escaso informativo. Los servicios que porporcionan a los alumnos son reducidos, si bien es imposible precisarlos, pues, cada biblioteca se desmembra en un conjunto de taifas, que se gobiernan a su aire y que no recogen datos estadísticos. Tampoco nos podemos extender en sus posibles remedios, pues, el localizar los males y encontrar las soluciones corresponde única y exclusivamente a las autoridades universitarias, aunque sí debemos señalar que son elementos esenciales del futuro sistema de información nacional, NATIS, cuyo establecimiento en la región, así como la regulación de su uso será competencia del Consejo General.

La misión de las *bibliotecas escolares* es atender a las necesidades informativas, formativas y recreativas de los alumnos de los centros de enseñanza de nivel inferior al universitario, como complemento y perfeccionamiento de la labor del profesorado. También entra dentro de sus fines el facilitar a este último la información que precisa para mantener al día sus conocimientos y preparación.

Estas bibliotecas son de gran importancia tanto por los conocimientos que pueden ofrecer a los alumnos, como por el hábito de la lectura que desarrollan en ellos, acostumbrándolos a recurrir al libro, recibir información, resolver numerosos problemas a lo largo de su vida y compartir sentimientos con otros hombres. No hay que olvidar que la nuestra es una sociedad riquísima en comunicación, una parte de la cual se canaliza a través de la palabra escrita. No haberse habituado desde la infancia a buscar y usar de la lectura, gozando de ella, y no ser lector real en nuestros días, es renunciar a un bien de libre utilización y apartarse de un medio que sirve para reforzar los vínculos cohesivos que facilitan la convivencia mediante la comprensión de las ideas y actitudes ajenas. Por otra parte, la existencia de buenos lectores favorece la aparición de buenos autores. La actividad del autor es inconcebible como monólogo, es un diálogo con sus lectores, y la reacción de éstos es decisiva en el proceso creativo.

En España desgraciadamente no existen, a pesar de que ya en 1869 Ruiz Zorrilla inició desde el Ministerio de Fomento la creación de bibliotecas populares en las escuelas, y de que en los años treinta de este siglo

el Patronato de Misiones Pedagógicas creó varios miles de pequeñas bibliotecas escolares de 100 volúmenes. Después, a partir de los años sesenta, varios centros de enseñanza media y primaria han recibido esporádicamente donativos de libros o subvenciones para adquirirlos. También hay que recordar que la Biblioteca de Iniciación Cultural de la Comisaría de Extensión Cultural tuvo una actuación muy brillante durante el final de los años cincuenta y principio de los sesenta, en los cuales envió anualmente a las escuelas cientos de miles de libros en un servicio de préstamo por correo mediante cajas que contenían 15 volúmenes. Pero desapareció por cambios políticos y principalmente porque su acción iba perdiendo interés al irse desarrollando la política de compra de libros.

Hay que insistir en que una colección de libros no es una biblioteca. Hace falta una normativa que la conforme y unos bibliotecarios que la organicen, circunstancias que no se dan en este caso. Por otra parte, los libros que han sido enviados a las escuelas, como no han sido renovados periódicamente, han desaparecido en su casi totalidad, simplemente destrozados por el uso. Consiguientemente consideramos que ni en la región, ni en el resto de España hay bibliotecas escolares dignas de tenerse en cuenta, a pesar de que haya en algunos centros colecciones de libros, y de que figuren unos pobres datos sobre ellas en la publicación oficial Estadística de bibliotecas.

El Consejo General de la región Castellano-leonesa debe comprender el valor de estas bibliotecas y esforzarse por su creación, sostenimiento continuado y buen funcionamiento. Será un servicio muy barato, y su productividad increíblemente alta por esta razón y por la sed de lectura que tienen los niños.

Queda, finalmente, un grupo de bibliotecas abiertas a toda la población y con una colección bibliográfica de carácter general sin especialización. Son las denominadas *Bibliotecas Públicas*, aunque en España también son conocidas con el nombre de bibliotecas populares por el tipo de población a cuyo servicio se crearon, a mediados de la segunda década de este siglo en las ciudades que, por tener universidad, disponían de biblioteca universitaria, pero, no de biblioteca pública. También se denominaron así las que por los mismos años creaba la naciente organización bibliotecaria catalana en pueblos.

Estas bibliotecas nacieron hace un siglo, no sin polémicas, en Inglaterra y Estados Unidos como consecuencia del desarrollo de la enseñanza y de la consiguiente aparición de grupos de lectores con una formación elemental, como la enseñanza que habían recibido, todo ello favorecido por el aumento del número de libros publicados. Las motivaciones fueron más emocionales que racionales y los patrocinadores de su creación pensaban que había que proporcionar a las clases populares un entretenimiento sano, alejándolas del pecado y de la tentación (abriendo bibliotecas se creía que habría que cerrar las cárceles), y facilitarles un medio para su mejor formación laboral, aunque claro está, a niveles elementales. Ya entonces se planteó el problema de si las bibliotecas, especialmente las públicas, deberían servir para mejorar la formación profesional y el rendimiento del trabajo personal o si quedaba justificada su existencia por el simple placer que proporcionaba la lectura, con independencia de que ésta fuera recreativa o utilitaria.

Hoy no pueden estar al servicio de las clases populares porque esta expresión es anticuada y no responde a ninguna realidad social de nuestros días. Deberían estarlo al de los grupos que no disponen de una biblioteca a su servicio, es decir, al de casi toda la población adulta. Pero, sólo lo están realmente al de una parte de la población y al de unos grupos que espontáneamente acuden a ellas, constituidos en España mayoritariamente por estudiantes porque, aunque hay un tipo de biblioteca pensado para ellos, el servicio es en unos casos inexistente y en otros deficiente, y ellos tienen necesidad de utilizar libros.

Suelen tener aspectos que las convierten parcialmente en especializadas. Casi todas, en efecto, disponen, de acuerdo con su volumen, de una sección o biblioteca infantil, a través de la cual tratan de crear o fomentar el hábito de la lectura entre los niños. Algunas de ellas, también, cuentan con una sección de temas locales, de poca actualidad, pues, suelen estar más orientadas, quizá por escasez de recursos, hacia la historia que hacia la sociología y la economía, orientación que sería más útil para los miembros de la comunidad.

Los bibliotecarios desean para la biblioteca un papel dinámico y un influjo social más decisivo. Dirigen su política hacia la ampliación del porcentaje de usuarios y se apoyan en la utilización de nuevas técnicas. Entre éstas cabe destacar los servicios de extensión bibliotecaria, como el bibliobús y el préstamo colectivo, consistente en el envío de lotes de libros a centros docentes, empresas, cuarteles, hospitales, etc., en un intento de buscar lectores acercándoles el libro. Atención especial merecen las «bibliotecas viajeras», cuyo pionero y principal impulsor fue un gran bibliotecario muy conocido y estimado aquí y fuera de aquí, José Antonio Pérez Rioja, y cuyos primeros beneficiarios fueron los habitantes de estas tierras sorianas.

También intentan ganar nuevos lectores con la llamada extensión cultural, actividad que se concentra en un conjunto de actos (conferencias, exposiciones, conciertos, proyecciones, clases, coloquios, etc.) dirigidos a la formación y recreo de los miembros de la comunidad. De ellos se espera, además, que puedan ayudar a la creación de nuevos lectores o a mejorar a los que ya lo son.

Han sido muy populares el último cuarto de siglo las Casas de la Cultura, denominación que se dio en España a las bibliotecas que realizan actividades de extensión cultural y están preparadas físicamente para ello al contar, entre sus instalaciones, con aulas y salas de actos y de exposiciones.

Hoy su concepción está en crisis. Por un lado, y paradójicamente, por haber quedado integradas en el Ministerio de Cultura, que no ha sabido qué hacer con ellas: por otro, porque la actividad cultural resulta cara para sus apretados presupuestos. Pero en la España de las Autonomías pueden ser un instrumento de primera importancia en el cultivo y elaboración de los elementos culturales de cada comunidad.

La preocupación actual de los bibliotecarios que trabajan en las bibliotecas públicas, tanto en España como en el extranjero, no es tanto mejorar la calidad de la lectura de los que tienen arraigado el hábito de leer, como recuperar socialmente al sector de la población que, por haber tenido una enseñanza de duración más corta, integrar los niveles económicos más bajos de la sociedad o padecer limitaciones físicas, encuentran barreras

difíciles de salvar en el acceso al libro, no sienten aparentemente atracción por la lectura ni necesidad de ella y no hacen por consiguiente de la biblioteca el uso que debieran, cuando es un medio eficaz para ayudarles a remontar su desfavorable situación.

Aunque aparentemente la situación de las bibliotecas públicas de la región es mala, real y relativamente no es tan mala como la de las otras regiones. Es verdad que el promedio de bibliotecas por provincia es inferior, 17, frente al 24 del resto de España, excluidas Barcelona y Navarra, que cuentan con organización propia, y nuestros datos se limitan aquí a las bibliotecas colaboradoras del Centro Nacional de Lectura. También es inferior el promedio provincial de libros, 102.000 frente a 135.000, y finalmente lo mismo sucede con el promedio de libros leídos al año; 328.000 frente a 382.000. La explicación está en el número de habitantes, pues, frente a un promedio provincial en la región de 270.000, el de la totalidad de las provincias, excluidas las mencionadas, es de 666.000, casi dos veces y media más.

Por ello los índices referidos a los habitantes son muy favorables a la región. En efecto, en ésta hay un libro en las bibliotecas públicas de la organización nacional para cada 2,6 habitantes, frente a uno para cinco, casi la mitad, en la totalidad de las provincias.

Los libros leídos al año en las bibliotecas de la región se acercan a los 3.000.000, lo que supone 1,2 libros leídos por habitante, mientras que en la totalidad de las provincias los libros leídos al año son 18,5 millones, que representa aproximadamente un libro por habitante, es decir, los castellano-leoneses leen un 20 por 100 más.

Finalmente en la región se leen más los libros de las bibliotecas. En efecto, la cifra de libros leídos es más de tres veces superior a la de las colecciones existentes, mientras que las cifras de todas las provincias, no llega a tres veces, exactamente 2,8.

Una consecuencia parece desprenderse. En aprovechamiento de los fondos bibliográficos estamos próximos a la cifras medias internacionales. En cambio, con relación a los habitantes estamos aún muy lejos. Nos falta mucho para alcanzar los seis libros leídos por habitante al año, pues esto supondría multiplicar por cinco las cifras actuales, cosa difícil de conseguir si no se aumenta de forma similar el volumen de las colecciones.

Por último, y aunque no tenemos cifras exactas, por tanteos hechos, podemos decir, con las naturales reservas, claro está, que, dentro de su modestia, la región presenta un aspecto más positivo hacia la lectura que el resto del país. Al contrario que la nueva sociedad que inunda las poblaciones de acarreo, más de compradores de libros que de lectores, entre los castellanos-leoneses abundan más los lectores que los compradores.

No voy a insistir en algo en lo que todos estarán de acuerdo. En la necesidad de que el Consejo General asuma con plena responsabilidad las obligaciones que le competen para hacer accesible el libro a los habitantes de la región, y en la advertencia de que la manera ha de ser el establecimiento de sistemas bibliotecarios, perfeccionando los actuales Centros Coordinadores de Bibliotecas, y, dada la escasa entidad de la mayor parte de los núcleos de población, desarrollando generosamente los servicios de extensión bibliotecaria.

Hemos hecho una muy breve exposición de los problemas bibliotecarios de España y de la región. No nos permitía otra cosa el programa. Por esta

razón también hemos apuntado muy someramente unas orientaciones posibles, que no puedo calificar de soluciones. El tema se merece una más larga meditación y discusión y por ello me permito concluir proponiendo a la Consejería de Educación, Patrimonio Artístico, Archivos y Museos la convocatoria de una reunión de bibliotecarios de la región, donde un conjunto de ponentes y comunicantes contestarían a los temarios elaborados con cuidado y tiempo. A la reunión deberían ser invitados los jefes de las bibliotecas importantes y organizaciones bibliotecarias de la región y podían serlo también algunos bibliotecarios que por nacimiento se sienten vinculados a la misma, aunque hoy trabajen fuera.

En ese nombre tan largo que lleva la Consejería responsable de estas jornadas no figura la palabra biblioteca. Claro que tampoco les conviene a las bibliotecas la palabra Patrimonio. Sus colecciones no son sólo *bona paterna*, sino principalmente *bona nova*, y cuando, como sucedía en otras ocasiones, los libros nuevos estaban en minoría las bibliotecas se convertían en fríos cementerios sólo visitados en escasos momentos.

No necesito recordaros que *Don Quijote*, el protagonista de la obra más célebre de la literatura española, enloqueció por la lectura de libros, y que este hecho lo encontraban natural y motivo de risa los españoles del Siglo de Oro de nuestras letras. Hoy domina, también en la sociedad española el *horror libri* o *bibliothêcae*, pero confiemos en que los rectores de nuestra región ni se dejen arrastar por el ambiente ni compartan este miedo.